

El director de escena y el paseante

Carlos Monsiváis

¿Qué es una secuencia fotográfica? En el sentido artístico, no es el trabajo sucesivo en torno a un hecho o una persona, sino a lo desprendido de la unidad de propósito, el relato autónomo que se expande y cobra una significación especial merced a la eficacia de cuatro, cinco o seis imágenes, evidentes por sí mismas o de sentido descifrable a través del lenguaje de los símbolos o gracias al entendimiento poético. Por lo común, una foto valiosa capta un instante privilegiado por el tema o por el logro estético: por oposición, la secuencia busca ser al mismo tiempo fotografía y literatura, sin renunciar a ninguna de las dos empresas. Del campo de las secuencias, elijo a dos artistas muy distintos en sus procedimientos y algo cercanos en sus efectos o consecuencias: el mexicano Nacho López (1924-1986) y el norteamericano Duane Michals (nacido en 1932), de familia de origen esloveno.

El director de escena

Si el ángel llega a tiempo podremos desayunar en el paraíso o en la cama doble

Los riesgos profesionales de Michals no tienen que ver con la aventura y el apoderamiento del instante. Ya en 1960, cuando exhibe en Nueva York sus primeras secuencias, Michals ha renunciado al azar y a la fotografía de intención realista. Metódico, estratega de la imagen, delibera con gran intuición e inteligencia. Sus secuencias son puestas en escena dirigidas con cuidado extremo. De seguro, Michals repasa las tomas, corrige, repite las veces que hagan falta y si en ocasiones cambia sobre la marcha, es con tal de frustrar a la rigidez.

Véase por ejemplo la serie *El regreso del hijo pródigo*, donde el vástago, hace tiempo ausente, llega a visitar al patriarca (Michals mismo). En la primera foto, el padre lee *The New York Times*. Enteramente desnudo y con expresión de abatimiento, el hijo entra en el cuarto. En la foto 2, el padre observa al hijo,

visiblemente avergonzado. En la foto 3, el padre empieza a quitarse la ropa. En la foto 4, el hijo ya trae puesta la camisa del padre, y éste continúa desvistiéndose. En la foto 5, el padre, desnudo, y el hijo, vestido, se abrazan y se reconcilian... En *El regreso...*, lo de menos es el aprovechamiento difuso de los Evangelios; lo demás son las ideas o las reacciones que a cada espectador le suscitan. ¿A qué nos enfrentamos: a una versión heterodoxa de la Biblia, al padre que imitará al hijo y se irá de la casa, a los símbolos incomprensibles, al relato que sólo se arma en el recuerdo? A la disposición interpretativa de quien la contemple, la fábula se sustenta en el virtuosismo de las imágenes, un virtuosismo de la inteligencia.

A Michals le atraen las parábolas homoeróticas, que hacen de la belleza masculina un fenómeno a la vez elemental y trascendente, la realidad y la alegoría que la fotografía democratiza sin perder su misterio, la convocatoria a la normalización de los deseos. En la serie *How Nice to Watch You Take a Bath*, en la foto 1, un joven desnudo de espaldas, se seca con la toalla. De la foto 2 a la 5, el joven continúa minuciosamente esta tarea. A la secuencia, una reconversión del voyeurismo, la marcan los contrastes entre el protagonista, indiferente a la mirada ajena, y el juego de la luz que viene de la puerta abierta del baño. A la luz le corresponde exaltar el despliegue sensual.

En la serie *Homenaje a Cavafis*, Michals, para imprimirle vigor a su evocación admirativa del gran poeta griego, acude a una de sus mayores innovaciones, los textos que acompañan a las fotos, de ninguna manera complementarios o meramente descriptivos. Siempre a contracorriente, las notas de Michals orientan hacia senderos inesperados, proponen otro método de reflexión. En la foto 1, un joven solo, en su habitación, contempla a tres proyecciones borrosas de la memoria: la primera es el mismo, melancólico, la segunda es una sombra desnuda, y la tercera es, más precisado, otro joven desnudo, a la vez cercano e inaccesible. El texto dice: “Retrato de Constantino Cavafis perseguido por el fantasma de su deseo”. En la foto 2, el poeta, ya en la madurez, junto a la ventana de un cuarto en completo desorden, con libros y papeles en el piso, examina la mano de un joven. El texto es una cita del poeta:

“Pude ver claramente en su palma. Habría una tragedia terrible. Mi amor no podría protegerlo”.

En la foto 3, un joven semidesnudo le prende el cigarrillo a un joven sentado. El texto es informativo: “Nada más encenderle el cigarrillo me causaba un gran placer”. En la foto 4, un Cavafis gordo y descuidado, contempla un retrato de un hombre de 35 ó 40 años de edad, muy probablemente él mismo, mientras un gato nos contempla. El texto dice: “Cuando era joven, le parecía imposible que pudiese envejecer. Ahora que es viejo, no podía recordar si había sido joven alguna vez”. A primera vista, la serie es inconexa, y salvo por las citas, apenas tiene relación con Cavafis. Sin embargo, tiene mucho que ver, según creo, con la obra y los amores dolorosamente evocados y el aislamiento del poeta de Alejandría. Creo localizar en la secuencia el aislamiento, las reflexiones implacables, el modo en que la redención (la racionalidad) de la estética destruye cualquier culpa moral del deseo. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 18. La máquina de narrar*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1999.